



RECESSIONS

BAUMAN, Zygmund:
Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias.
Barcelona, Paidós, 2005

FÁTIMA PERELLÓ TOMÁS

DEPARTAMENT DE SOCIOLOGIA I ANTROPOLOGIA SOCIAL
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Nuestro mundo ha llegado a su límite. La ‘planetarización’, ‘mundialización’ o ‘globalización’, según optemos por el término en su vertiente europea continental o en la anglosajona, son un hecho. Nuestro planeta es hoy “la línea tras la cual no hay espacio ni tiempo”. El sistema se ha convertido en un único espacio planetario donde los problemas son globalmente interdependientes. Ya no existe el tiempo fuera del sistema. Frente al proyecto ilimitado del capitalismo de producción y consumo, sustentado en una concepción lineal y exponencial del progreso, sabemos hoy “que no existe otro tiempo que no sea el del interior del sistema y que no hay ninguna sociedad ahí fuera, esperándonos, que no sea la que nosotros seamos capaces o incapaces de construir” (Melucci 1998: 364). Zygmunt Bauman, en su ensayo *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias* (2005a), ha aportado nuevos elementos de análisis y reflexión para seguir ahondando en esta cuestión.

Este libro es un sugerente (y provocador) texto enmarcado en el análisis de estrategias de dominación global centradas en la producción de ‘residuos humanos’, es decir, de poblaciones superfluas de inmigrantes, refugiados y otros ‘parias’. Para Bauman, los nuevos mecanismos de control social, de

ejercicio del poder, no son sino manifestaciones de la expansión de un nuevo orden social impulsado por la globalización y la ‘modernidad líquida’. Conviene recordar que Bauman identifica la globalización con una movilidad sin restricciones del capital gracias a las posibilidades actuales de las tecnologías de la información y la comunicación, lo cual genera inevitablemente nuevas formas de desigualdad y de estratificación global: unos ganan (‘los ricos globalizados’) y otros pierden (‘los pobres localizados’). Los ganadores de la globalización son los ‘dominadores globales’ (inversores, especuladores, gestores del capital, élites accionistas y ejecutivas). Ellos pueden moverse en espacios reales locales y en espacios virtuales, están conectados a la red global que facilita información estratégica y pueden desplazarse a lo largo y ancho del planeta. Los perdedores de la globalización son los ‘dominados locales’: están desconectados de la red global y están anclados localmente en un determinado territorio. En la esfera política, la globalización supone la fractura de la soberanía estatal y la erosión de los regímenes de bienestar. El capital global, al desatender cualquier tipo de responsabilidad de cara a las comunidades locales o a las generaciones futuras, incrementa la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección. Los

Estados acaban convirtiéndose en circunscripciones policiales locales que aseguran un mínimo orden para la reproducción del sistema. Este proceso transcurre vinculado al avance de la modernidad líquida, una segunda modernidad en la que predominan el nomadismo, el escepticismo, la individualización, la cultura de lo instantáneo, la mentalidad a corto plazo. Como prototipo de este nuevo mundo emerge el hombre desarraigado, de cualidades móviles, descartables e intercambiables, que intenta adaptarse a una realidad flexible y reticular en un mundo cada vez más individualizado, un tipo de hombre situado en un entorno social fluido atravesado por nuevas formas de control social.

Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias se estructura en cuatro grandes apartados. En ellos retoma muchas de las ideas que había avanzado en publicaciones anteriores (Cf. Bauman 2001, 2005b), pero las dirige con intensidad hacia un nuevo foco de atención: la producción global de poblaciones superfluas, excedentes, residuales. Y todo ello combinado con algunas digresiones que le ayudan a iluminar parte del escenario con la intención puesta en la comprensión de las sombras que acompañan al proceso de globalización, pues lo peor es que “apenas podemos visualizar por anticipado los escenarios sociales que puedan definir la ‘superfluidad’ y configurar los mecanismos de eliminación de residuos humanos del futuro” (Bauman, 2005a: 60 - 61).

En el primer capítulo, rotulado “Al principio fue el diseño. O los residuos de la construcción del orden”, aborda inicialmente la demanda de flexibilidad a la que se ven sometidas las nuevas generaciones, una flexibilidad laboral que casa mal con un proyecto vital a largo plazo y que desdibuja los perfiles de la época fordista respecto a la centralidad del trabajo productivo en la construcción de las biografías personales. Aquí Bauman se acerca a otros autores (Cf. Sennet, 2000) que ya habían abordado el análisis de esta cuestión. La aportación de Bauman reside en la insistencia con la que plantea la emergencia social de lo superfluo, de lo innecesario, de los ‘residuos humanos’, de lo que se puede desechar con facilidad y ser sustituido con prontitud. Lo anómalo del modelo fordista (“estar des-

empleado”) es la norma en la modernidad líquida. Subsidios de asistencia social, deducciones tributarias, desgravaciones, subvenciones, son la respuesta (financiera) al problema de la superfluidad. Sin embargo, la cuestión importante en este asunto es que no existen garantías de supervivencia social de los humanos residuales, sean jóvenes o no lo sean, pues una vez excluidos es extremadamente difícil su nueva inclusión social. En la sociedad fordista, los desempleados podían sentirse ‘miserables’, pero su lugar en la sociedad era incuestionable. En la sociedad de consumidores ya no existe tal seguridad. Ser un desempleado puede conllevar una situación que desemboque en el estatus de ‘consumidor fallido’, incompleto o frustrado, algo inaceptable socialmente. Las rutinas de antaño se han extinguido: “Ahora ya no se trata de encontrar los medios para fines claramente definidos y aislarlos luego con firmeza y usarlos con la máxima destreza y la mayor eficacia. Se trata ahora del carácter evasivo [...] de los fines, que se desvanecen y disuelven a más velocidad de lo que cuesta alcanzarlos; indeterminados, inestables y vistos por lo general como indignos de compromiso y dedicación eternos” (Bauman 2005: 29). En este contexto, para quien ha sido excluido como residuo humano no existen sendas evidentes que le permitan acceder a la condición social de miembro de pleno derecho.

A partir de esta introducción, en el siguiente capítulo, titulado “¿Son ellos demasiados? O los residuos del progreso económico”, el autor aborda el problema de los residuos humanos que genera el progreso. Durante la mayor parte de la historia moderna, las poblaciones excedentes o residuales podían trasladarse a las regiones premodernas del planeta. En el siglo XIX, el proceso de colonización permitió vaciar los excedentes de población (compuestos por convictos, rebeldes o miserables) desde las regiones más desarrolladas hacia las menos desarrolladas. Los territorios aún no afectados por los procesos modernizadores eran considerados territorios vacíos o se los vaciaba exterminando a la población indígena. Se trataba de una solución global a un problema local. Pero, hoy, “el planeta está lleno”. Ya no existen territorios susceptibles de ser tratados como “exentos de habitación humana” o “carentes de administra-

ción soberana” y, por tanto, como espacios a colonizar. El progreso triunfante de la modernización ha alcanzado las más remotas regiones del globo y las soluciones de antaño ya no resultan eficaces. Actualmente, los problemas globales han de ser resueltos localmente. La población excedente está extendida por todas las regiones del planeta y lo que preocupa, especialmente en las sociedades más opulentas, es la llegada de inmigrantes desde los países menos desarrollados. A pesar de que los lugares en los que se espera que estalle la “bomba de población” son, en la mayor parte de los casos, las regiones del planeta con menor densidad de población (hay más densidad poblacional en Inglaterra, Holanda o Bélgica que en el conjunto de África), la preocupación por la superpoblación sigue centrada en “ellos”. Desde las sociedades más desarrolladas consideramos que “lo derrochador es la fertilidad ‘de ellos’, toda vez que ejerce una presión excesiva e insoportable sobre *su* ‘sistema de preservación de la vida’, cuya energía y demás recursos sería preferible explotar con el fin de mantener *nuestra* forma de vida, cada vez más caprichosa, voraz y sedienta de combustible. Por consiguiente, son ‘ellos’ los que pueblan en exceso nuestro planeta” (Bauman 2005a: 63).

En este contexto ¿qué papel juega el poder estatal? Vulnerabilidad e incertidumbre son dos cualidades de la condición humana a partir de las cuales se moldea el ‘temor oficial’. El Estado se lava las manos frente a las incertidumbres emanadas del libre mercado, definidas ahora como un asunto privado, de modo que tiene que buscar otras variedades —no económicas— de vulnerabilidad e incertidumbre como fundamento de su legitimidad: “Despojados de gran parte de sus prerrogativas y capacidades soberanas, en virtud de las fuerzas de la globalización que son incapaces de resistir, y menos aún controlar, los gobiernos no tienen más opción que la de ‘seleccionar cuidadosamente’ objetivos que pueden (verosímilmente) dominar y contra los cuales pueden dirigir sus salvas retóricas y medir sus fuerzas mientras sus agradecidos súbditos oyen y ven cómo lo hacen” (Bauman 2005a: 78). De ahí que sea muy conveniente que se extienda la preocupación por la seguridad personal. A las amenazas y miedos que surgen de las actividades criminales, la conducta

antisocial de los grupos más desfavorecidos y del terrorismo global se une ahora el temor promovido oficialmente hacia los solicitantes de asilo, los refugiados políticos y los inmigrantes.

En el tercer capítulo, “A cada residuo su vertedero. O los residuos de la globalización”, Bauman sigue ahondando en esta última cuestión. La globalización está permitiendo “la criminalización del globo y la globalización del crimen”. A menudo, la mayoría de los poderes ni son capaces ni están dispuestos a combatir las fuerzas criminales globales, pues éstas suelen disponer de recursos que ninguno de los gobiernos por sí mismo puede igualar. De ahí que sea más eficaz centrarse en la pequeña delincuencia: “Con más resultados y menos gastos, los distritos de inmigrantes repletos de carteristas y atracadores potenciales pueden usarse como campo de batalla de la gran guerra por la ley y el orden, que los gobiernos libran con gran vigor y aún mayor publicidad” (Bauman 2005a: 86). En este tiempo de incertidumbre, de generación de nuevos temores y amenazas, el Estado social se encamina progresivamente hacia un Estado excluyente ‘de justicia criminal’ o de ‘control de la delincuencia’. Lo hace, en el nivel fronterizo, protegiendo a la población autóctona “contra la entrada no deseada de elementos del otro lado” y, en el interior de sus fronteras, permitiendo la aparición de guetos en los que clase social y territorio se superponen. Wacquant (2001) advierte procesos paralelos que aproximan estos guetos a las instituciones totales. Bauman, siguiendo su estela, se aventura más allá: cárceles y guetos urbanos se encuentran a medio camino, “siendo su lugar de encuentro el papel explícito de un vertedero de residuos humanos” (Bauman 2005a: 109). La represión crece y sustituye a la compasión. Las tensiones sociales se gestionan, se neutralizan, acudiendo casi en exclusiva a un único patrón: separar rigurosamente los ‘residuos humanos’ del resto de la sociedad. En las condiciones de zona fronteriza global, la existencia humana aparece revestida con un manto de intensa fragilidad, pues ¿quién puede afirmar, sin lugar a dudas, que no acabará engrosando las filas de la población residual y excedente?

En el último capítulo, “Cultura de residuos”, el autor se centra en algunas de las dimensiones más

significativas de la 'modernidad líquida': el exceso, la superfluidad, el residuo y la destrucción de residuos. El choque entre la limitación de la presencia individual en la tierra y lo ilimitado del mundo ha constituido una parte integral de la experiencia humana desde siempre. La idea de infinitud ha otorgado un sentido a la vida terrenal humana. Dicho sentido se quebró cuando, en la fase líquida de la era moderna, las probabilidades en el juego de la supervivencia se desplazaron del mundo exterior a la vida individual: "Si la vida premoderna era una escenificación cotidiana de la infinita duración de todo excepto de la vida mortal, la líquida vida moderna es una escenificación cotidiana de la transitoriedad universal" (Bauman 2005a: 126). La modernidad líquida le da la espalda a la realidad de la muerte en un intento por conjurarla. Pero, al hacerlo se da de bruces con "el miedo a la vida". Este miedo, tan intenso (o más) que el miedo a la muerte, se afronta mediante estratagemas para huir de cualquier espera, dilación o tardanza. La capacidad de poseer lo que uno quiere (sea lo que sea), ahora, sin demora, es el signo de nuestro tiempo: "[...] los días cuentan tanto como la satisfacción que puedes extraer de ellos, y ni una pizca más que eso. La recompensa que, de una manera realista, puedes esperar y por la que puedes trabajar es un *boy diferente*, no un *mañana mejor*. [...] Por tanto, trata de disfrutar todo lo que puedas en los intervalos entre viajes a los vertederos" (Bauman 2005a: 138). El 'síndrome de impaciencia' contemporáneo ha convertido el paso del tiempo en un fastidio, un sufrimiento, pues su transcurso "presagia la pérdida de oportunidades que deberían haberse agarrado y consumido según venían", para ser sustituidas con prontitud por otras nuevas y más apetecibles.

En este contexto, la lealtad y los compromisos tienen fecha de caducidad. Lo importante es dejar abiertas todas las opciones posibles. La elección se convierte en destino: "[...] en ningún otro tiempo se sintió con tanta intensidad y con efectos tan espantosos la necesidad de elegir, a diario y bajo condiciones de angustiosa pero incurable incertidumbre, sin que los propósitos de la acción y los modos habituales de proceder duren apenas todo lo que llevaría alcanzar el propósito y completar la acción, con la

constante amenaza de ser 'dejado atrás', 'no estar a la altura de las nuevas demandas' y (horror de los horrores) quedar fuera de juego" (Bauman 2005a: 150). La líquida cultura moderna olvida "los ideales que provocan un esfuerzo a largo plazo, continuo y sostenido, de pasitos que llevan con ilusión hacia resultados ciertamente remotos". Todo producto cultural se calcula para "el máximo impacto" y "la obsolescencia instantánea". Y lo mismo sucede con las relaciones personales: "Somos consumidores en una sociedad de consumo. La sociedad de consumo es una sociedad de mercado; todos hacemos compras y estamos en venta; todos somos, de manera alternativa o simultánea, clientes y mercancías. No es de extrañar que el uso/consumo de las relaciones no tarde en ponerse a la altura del patrón de uso/consumo de coches, repitiendo el ciclo que empieza con la adquisición y termina con la destrucción de residuos" (Bauman 2005a: 158).

Las 'solidaridades grupales' se transforman en 'redes de conexión', en las que la materia real de las relaciones tupidas, firmes y seguras, se ha deshecho. Sin pensamiento a largo plazo, sin vínculos duraderos, es difícil que se dé un sentimiento de destino compartido. Todo está preparado para que a las modernas formas de control panóptico se sumen los nuevos mecanismos de control de la modernidad líquida. El 'panóptico' se une al 'synopticon'. El primitivo Gran Hermano de las instituciones totales tenía como función encerrar inclusivamente a los descarriados. El nuevo Gran Hermano global, que induce sin coacciones a la gente a mirar (y admirar) a unos pocos observados de la élite de los dominadores globales, tiene como función apartar mediante procesos de exclusión a los residuos humanos sobrantes: "El viejo Gran Hermano sigue vivo y mejor equipado que nunca, si bien hoy se le encuentra preferentemente fuera de los límites permitidos, en las regiones marginadas del espacio social, tales como guetos urbanos, campamentos de refugiados o cárceles. [...] Sin embargo, hoy se trata de un papel secundario, derivado, suplementario con respecto a la nueva versión del Gran Hermano; su auténtica misión consiste en facilitar un poco la tarea del nuevo Gran Hermano. Los dos hermanos controlan y mantienen entre ellos la frontera entre

el 'dentro' y el 'fuera'. Sus respectivos campos de acción se coordinan bien [...]. A lo largo del siglo pasado, nuestros antepasados se resistieron a los temibles poderes del Gran Hermano, luchando por derribar los muros [...]. En el umbral de un nuevo siglo, la gran pregunta a la que nosotros, sus descendientes, tendremos que encontrar respuesta es si la única elección al alcance de los seres humanos es la disyuntiva entre la primera versión del Gran Hermano o la segunda: si el juego de inclusión/exclusión es la única manera posible de conducir la vida humana en común y, por consiguiente, la única forma concebible que puede adoptar o de la que podemos dotar a nuestro mundo compartido" (Bauman 2005a: 170 – 171).

El futuro es nuestro, parece decirnos Bauman. El tono narrativo que adopta en las interpretaciones y análisis que aquí expone, como en la mayor parte de sus anteriores escritos, es ciertamente desesperanzador (o 'apocalíptico', siguiendo el término empleado con asiduidad por los teóricos de la globalización cuando intentan clasificar su obra). Algo que contrasta con sus intervenciones públicas, en las que a menudo resalta las posibilidades que aún tenemos de reorientar el proceso de globalización mediante la acción política desde distintas instituciones de carácter transnacional (Cf. Televisió de Catalunya, 2006). Su sociología, una sociología ensayística, escrita en primera persona, desde la que reflexiona –incluso moralmente– sin esconderse, concibe la sociedad como un terreno en el que la propia intervención sociológica ayuda a la toma de conciencia de los agentes sociales. Esta sociología, que plantea el problema de los valores, de las finalidades y de la generalidad, tiende a recuperar el rostro humano al abordar el conjunto de los problemas fundamentales de nuestro tiempo. Y es cierto, tal y como se señala desde una sociología de corte más empírico, que de este modo, a menudo, se pierde en rigurosidad lo que se gana en amplitud de perspectiva. Tal como yo lo veo, contar algo, aportar narraciones textuales sobre lo que sucede y dar datos, es casi siempre un regalo. Fijar la mirada atenta en un territorio, más allá del vistazo efímero al que cada vez estamos más acostumbrados, interpretar y contar un relato sobre aquello que ocurre, por impreciso y aproxi-

mativo que éste sea, es mucho más valioso que no hacerlo. Lo que tan sólo ocurre apenas nos afecta, se olvida con el paso del tiempo, pero el relato de lo que ocurre es decisivo pues se inscribe en la percepción consciente de lo que ya no puede ser dejado de lado colectivamente. Cuando Bauman, en algún momento del texto que nos ocupa, afirma que en el orden global de la producción de residuos materiales y humanos "los basureros son los héroes olvidados de la modernidad", yo no puedo dejar de pensar que en sus aportaciones falta una dimensión de reflexión muy significativa. Si de lo que se habla es de seres humanos que no encajan en los nuevos diseños de la modernidad líquida, de residuos humanos, entonces olvidar sistemáticamente la jerarquía estamental de género que sustenta, en gran medida, los fundamentos de nuestras sociedades de modernidad avanzada, es un descuido que sesga indefectiblemente la comprensión de lo que acontece. Las verdaderas heroínas olvidadas de la modernidad son las personas que cotidianamente, casi de forma testaruda y absurda, se empeñan en reparar cada día los desperfectos del día anterior, sean éstos materiales o inmateriales, y en reciclar pacientemente lo que la vida les ha puesto entre las manos. Estas personas, heroínas invisibles, siguen siendo mayoritariamente mujeres. Visibilizar su experiencia en los análisis e interpretaciones globales, en los relatos del mundo al que nos enfrentamos, es una tarea imprescindible para sopesar lo que seamos capaces o incapaces de construir en el interior del sistema global.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAUMAN, Z. (2001): *Globalització. Les conseqüències humanes*, Barcelona, Universitat Oberta de Catalunya (e.o. de 1998).
- BAUMAN, Z. (2005a): *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós (e.o. de 2004).
- BAUMAN, Z. (2005b): *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Madrid, Fondo de Cultura Económica (e.o. de 2003).
- MELUCCI, A. (1998): "La experiencia individual y los temas globales en una sociedad planetaria", en P. Ibarra y B. Tejerina (comp.), *Los movi-*

- mientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, pp. 361-381.
- TV3-TELEVISIÓ DE CATALUNYA (2006): “Entrevista a Zygmunt Bauman”, *La nit al dia*, 23-05-2006.
- SENNET, R. (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- WACQUANT, L. (2001): *Las cárceles de la miseria*, Madrid, Alianza.

PARDO BUENDÍA, Mercedes:
*La evaluación del impacto ambiental y social
para el siglo XXI Teorías, procesos, metodología.*
Madrid, Fundamentos, 2002

LOURDES SANDOVAL QUINTANA

ESTUDIANTE DE TERCER CICLO

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

En estos últimos tiempos se ha escrito mucho más que en períodos anteriores sobre la problemática mediambiental y sus efectos en la calidad de vida de las sociedades actuales y futuras, pero una obra como la que nos ocupa hoy en escasas oportunidades, por la experiencia de la autora y el esfuerzo que hace por integrar esa experiencia en un marco teórico más amplio. Por ello creo que este libro de Mercedes Pardo Buendía, dirigido a profesionales de la evaluación del impacto ambiental, académicos, estudiantes o simplemente curiosos del tema, era necesario porque, a diferencia de otros manuales de evaluación ambiental, cuyos autores raras veces tienen el conocimiento sociológico, integra los factores sociales al análisis del medio ambiente.

La autora, a lo largo de 13 capítulos, va mostrando la manera de abordar la evaluación del impacto ambiental (EIA), definido como “un instrumento de planificación y gestión medioambiental cuyo objetivo es la prevención de daños al medio ambiente mediante la previsión a priori, que se aplica y reconoce como tal en muchos países por gobiernos centrales y locales, por organismos internacionales, y que además está en constante ampliación”, desde su base teórica y práctica, a partir de tres planteamientos importantes: en qué consiste, cómo se lleva a cabo,

y qué problemas implica, todo ello dentro del marco de los crecientes problemas medioambientales.

El libro comienza con un breve repaso histórico de la crisis ecológica y las diferentes teorías que soportan la evaluación del impacto ambiental, que se complementa con la definición, alcance y objetivos, por una parte, y la evolución histórica de la evaluación del impacto ambiental, por otra, recopilando la normativa elaborada sobre las EIA en los diferentes ámbitos de legislación (contexto mundial, Unión Europea, España y Comunidades Autónomas). En los capítulos siguientes describe los diferentes tipos de estudios de impacto ambiental según las fases de la planificación, comenzando con el análisis de las características del proyecto y localización del mismo, dedicando mayor atención a la identificación y valoración de las alteraciones, posiblemente porque esta fase de la evaluación conlleva un mayor número de problemas, sobre todo por la confusión sobre los objetivos a conseguir. Además de ello, hace referencia al establecimiento de medidas correctoras y complementarias del impacto, y a la evaluación Post Hoc, que consiste, esta última, en diseñar los Planes de control y seguimiento de las condiciones establecidas en el estudio de impacto ambiental, particularmente en lo que se refiere a los impactos

previstos y sus medidas correctoras. Finalmente, la autora ofrece un conjunto de propuestas orientadas a aprovechar el potencial que tiene la EIA, a través de mejoras en la legislación y en la práctica investigadora.

Haciendo referencia a la autora del libro, merece la pena destacar que nos encontramos ante una obra fruto de una larga reflexión y de una extensa recopilación de información que le ha ocupado varios años. Se trata de una persona con una vasta experiencia asentada en su participación en distintos programas de investigación, tanto en Europa como en las Américas.

Respecto al planteamiento del libro, Pardo Buedía considera que “este libro refleja una preocupación especial por las cuestiones socioambientales, aunque sin discriminar en el análisis la dimensión biofísica. Esa preocupación nace de la escasa importancia que se presta a los factores sociales en la mayoría de los manuales de Evaluación Ambiental, cuyos autores rara vez tienen el conocimiento sociológico necesario para realizar un análisis social exhaustivo de la situación”. De hecho, un aspecto relacionado con esta dimensión social es la insistencia que se hace por integrar la participación ciudadana de los diferentes agentes sociales afectados en el proceso de las EIA. Para lo cual, recurre a un amplio y sugerente espectro de temas que abarcan desde cuestiones relacionadas a la consulta previa y diagnóstico del medio ambiente social afectado, pasando por aspectos de información, evaluación y, resolución y canalización de conflictos, hasta abordar temas como la incidencia de la estructura de poder en la zona donde se localiza el proyecto sujeto de la EIA.

En este sentido y sin lugar a dudas, el material que tienen en sus manos el lector o lectora, es algo más que un simple manual de evaluación medioambiental, es una guía en el sentido más literal del término para llevar a cabo evaluaciones de impacto ambiental. Además de descriptivo y reflexivo es orientativo y propositivo, “no limitada a las cuestiones exclusivamente técnicas, [...] enmarcada en un diagnóstico del estado de la cuestión —en cuanto a sus problemas y limitaciones—, y que, estando claramente en el campo de la gestión medioambiental

aplicada, como es el caso, esté ubicada en un contexto más amplio de desarrollo de los avances teóricos de las ciencias medioambientales —físicas y sociales— y del marco socio-político actual”

De esta forma, quienes quieran disponer de información clara y precisa acerca de la evaluación del impacto ambiental —de aquellos problemas y desafíos que se plantea— encontrará en este libro un instrumento de evaluación y gestión valioso, un ejercicio de sistematización que no es más que la ilustración de la experiencia de la autora en el campo. Especial interés despiertan, en este sentido, algunos capítulos en los que la autora incluye los problemas implicados en la realización de las EIA con los que el investigador medioambiental se puede enfrentar, como son las reticencias más comunes por parte de algunos de los proponentes de los proyectos, planes o programas de desarrollo a evaluar, y aún de la misma administración, avanzando en las formas de resolver este tipo de problemáticas.

Creo que la autora de este libro ha alcanzado los objetivos que se ha propuesto y respondido acertadamente a las preguntas planteadas en el prefacio, “tales como en qué consisten, cómo se llevan a cabo, qué problemas implican”. En este sentido y de manera sucinta recogemos sus propuestas más relevantes como las siguientes: que la EIA es un mecanismo muy útil de análisis y prevención de daños al medio ambiente (tanto físico como social), que requiere un cambio de actitud de los promotores de proyectos hacia una actitud proactiva, de colaboración, de apertura hacia una nueva cultura empresarial respetuosa con el medio ambiente. Que ésta no sólo debe aplicarse a nivel del proyecto concreto, sino que ha de implicar también a los niveles más altos de decisión, como son los programas de inversiones, los planes estratégicos regionales de desarrollo y de conservación del medio natural y las políticas de usos de recursos que no están sujetos a evaluación medioambiental —Evaluación Medioambiental Estratégica—. Un aspecto aún más importante es el establecimiento de algún tipo de evaluación sistemática en los niveles más altos de la política, a través de procesos más democráticos de participación pública en la toma de decisiones, por lo que insiste en que se debe realizar un esfuerzo por integrar

evaluación, políticas y planificación. Pero el desafío mayor de la EIA está en el *cómo* se desarrolla todo el proceso de evaluación, y el nivel de consenso final que consigue, y aquí la participación pública juega un papel central.

Finalmente, considero que la obra que nos ocupa esta presentada de forma clara y precisa, ofreciendo gran cantidad de información y técnicas para lle-

var a cabo la evaluación del impacto ambiental, de forma que quienes se encuentren trabajando en el ámbito de la planificación del desarrollo tengan en sus manos una guía valiosa para integrar la prevención y conservación del medio ambiente en los procesos de elaboración, ejecución y evaluación, tanto de proyectos como de programas, planes y políticas, en el ámbito local, autonómico y nacional.

SHIVA, Vandana:
Manifiesto para una democracia de la tierra.
Justicia, sostenibilidad y paz.
Ediciones Paidós Ibérica, 2006

ADELA CASTAÑO CUBELLS

“Durante el dominio británico de la india, alguien preguntó a Gandhi qué opinaba de la civilización occidental, a lo que él respondió:

«sería una buena idea»”.

En un mundo en el que impera el orden dracónico y las personas son condenadas a muerte, no ya por cometer pequeños delitos, sino solamente por el deseo de ejercer su derecho a la vida, Vandana Shiva vuelve a poner de manifiesto la necesidad de reclamar una nueva democracia. Más que nueva, sencillamente diferente (a la que hoy en día llaman democracia), porque lo que Shiva propone en *Manifiesto para una democracia de la Tierra. Justicia, sostenibilidad y paz* es volver a los orígenes etimológicos de esta palabra. Recuperar el sentido de demos (pueblo) y de cratia (gobierno) y poner en marcha el verdadero gobierno del pueblo.

Pero, va más allá. Porque no sólo retoma el significado original, sino que nos recuerda que este gobierno del pueblo no puede dar la espalda al medio ambiente. Y lo hace apelando a la conciencia pero, sobre todo, a la razón. A través de su discurso ameno e inteligente, la autora va desgranando las nefastas consecuencias que tiene para las personas la destrucción del entorno en el que viven. Expulsa-

dos de sus tierras, de la tierra, la mujer y el hombre lo perdieron todo. Lo que comenzó siendo la explotación de los recursos naturales pronto se transformó en la explotación de los hombres y las mujeres. Las ciudadanas del mundo perdieron primeros sus ejidos, para luego perder sus vidas. Las ovejas ganaron la primera batalla¹ y se comieron los recursos de generaciones enteras que se vieron obligadas a pagar por lo que, hasta hacía poco, les había pertenecido. Ahora, las batallas las ganan las grandes multinacionales, las hidroeléctricas y las empresas semilleras que, amparadas por los gobiernos, arrasan por donde pasan y cercan cada vez más terrenos en su lucha por abolir el derecho a la vida, denuncia Shiva a lo largo del texto.

Pero ella sabe que sólo se trata de batallas y que la guerra aún no está perdida. Por eso, junto a mujeres y hombres de todo el mundo, planta cara al expolio, a la masacre y a la injusticia. Lo hace amparada en el sentido común y guiada por la filosofía de Gandhi pero, sobre todo, lo hace porque sabe que es la única

¹ “En Inglaterra, donde el movimiento se inició ya en el siglo XVI, los cercamientos fueron impulsados en primera instancia porque la maquinaria estaba hambrienta de materia prima: la demanda de lana requerida por la industria textil no dejaba de aumentar. Los terratenientes, con el apoyo de los industriales, comerciantes y banqueros, expulsaron a los campesinos de las tierras y los reemplazaron por ovejas. «Las ovejas se comen a los hombres»: así describía Tomás Moro el fenómeno del cercamiento de los ejidos”. Manifiesto para una democracia de la Tierra. Shiva, Vandana. Pág. 28.

alternativa: la alternativa. Detener la explotación y el expolio de los recursos naturales, defiende Shiva, es el primer paso para romper esa terrible dinámica que nos lleva, irreversiblemente, al fracaso como especie. Pero, también, es el primer paso para detener los asesinatos que cada día provoca el gobierno de los ineficaces, “corsarios con corbata” que roban lo de todos para generar beneficios para unos pocos. Con el agravante de que las pérdidas las asumimos todas, y somos nosotras las que, además, tenemos que pagar sus déficits y las consecuencias de sus decisiones erróneas, recuerda la autora.

De ahí la necesidad de su *Manifiesto para una democracia de la tierra*. Un texto en el que expone las consecuencias de la política neoliberal, del imperialismo disfrazado de globalización y de las medidas injustas, ineficaces e irracionales de organismos internacionales como la Organización Mundial del Comercio (OMC) o el Banco Mundial (BM); al tiempo que ofrece alternativas y explica ejemplos concretos de lucha, la mayoría en la India y con las mujeres como sus máximas protagonistas.

Un manifiesto que plantea la necesidad de crear (o recuperar) economías vivas, democracias vivas y culturas vivas para generar una democracia de la tierra en acción en la que “todas las especies, pueblos y culturas tienen un valor intrínseco”, en la que “debe defenderse la diversidad en la naturaleza y en la cultura”, “todos los seres tienen un derecho natural al sustento” y se “globaliza la paz, la atención y la compasión”.

“La «eficiente» economía de mercado resulta sumamente ineficiente cuando se tiene también en cuenta la destrucción de la economía de la naturaleza”.

Por eso, la autora se pregunta, y nos pregunta, de qué sirve la acumulación de capital si se hace a costa de contaminar el agua, destruir los ecosistemas y contaminar el medio ambiente. Puede que, actualmente, a la economía de mercado no le interese aceptar las consecuencias desastrosas que provoca su mala gestión, pero, advierte, “si no reestructuramos nuestras visiones del mundo y nues-

tros estilos de vida en una dirección más ecológica, continuarán vulnerándose la paz y la justicia y, en última instancia, la supervivencia misma de la humanidad se verá amenazada”.

Para evitarlo, es necesario reinstaurar unas economías vivas cimentadas sobre dos principios ecológicos: «el principio de prevención» y «el principio de quien contamina paga». Unas economías vivas que crecerán hacia fuera: “del individuo a la comunidad, a la región, al país y al nivel global”, y que serán “primordialmente locales y descentralizadas, a diferencia del modelo dominante, que es global y centralizado”. Un nuevo modelo en el que las economías de la naturaleza y el sustento no quedarán subordinadas a la economía de mercado, sino que recuperarán la importancia que se merecen para asegurar “la supervivencia biológica de las personas pobres marginadas y la reproducción de la sociedad”.

No hay excusas razonables para oponerse, argumenta. El crecimiento económico no ha cumplido los objetivos que prometieron. Al revés, se ha convertido en una fuente de subdesarrollo y, aunque “se nos prometió que la globalización nos brindaría paz gracias a la construcción de una aldea global en la que todo el mundo estaría interconectado, el número de guerras ocurridas desde 1995², año en el que la globalización empresarial se convirtió, literalmente, en la constitución legal del mundo, desmiente esa pretensión”. “Al deteriorar la igualdad, la justicia y la democracia, la globalización alimenta una cultura del miedo que, a su vez, exagera el fundamentalismo religioso”. Las “comunidades desarraigadas son luego manipuladas sobre la base de unas identidades negativas con el fin de crear bancos de votos y un soporte del poder”.

La diversidad étnica, religiosa, cultural o sexual ha dejado de ser una fuente de riqueza para convertirse en motivo de conflicto. La libertad de mercado sólo produce terrorismo y extremismo, no democracia. “La globalización constituye, en la práctica, el cercamiento definitivo (de nuestras mentes, de nuestros corazones, de nuestras imaginaciones y de nuestros recursos)”.

² Año de creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC).

En este contexto, la defensa acérrima de la propiedad privada se ha ido extendiendo como una mancha de aceite. Ya no sólo se privatiza la tierra. El agua, las semillas y, en definitiva, la vida, se han convertido en productos que el mercado compra, vende y manipula, negando y restringiendo el acceso a sus legítimos dueños. El problema viene de lejos, pero después de la entrada en vigor, en 1995, de la legislación sobre los Aspectos de los Derechos de la Propiedad Intelectual Relacionados con el Comercio (ADPIC), la propiedad intelectual comenzó a abarcar “las formas de vida misma sobre este planeta”.

Como explica Shiva, “no sólo fue posible adueñarse de las células, los genes, las plantas, las ovejas y las vacas en forma de propiedad intelectual, sino que tal apropiación de la vida se convirtió en una obligación. Nuestra relación con el resto del mundo vivo dejó de ser de socios para convertirse en la de consumidores y creadores”.

Creadores, entre otras cosas, de organismos modificados genéticamente (OMG) que inundan los mercados amparados por una supuesta eficiencia productiva que, en realidad, lo único que ha conseguido es dejar en la ruina a miles de agricultores y agricultoras de todo el mundo que, desesperados, recurren al suicidio para escapar de la miseria. Sui-

cidios, “como los de 16.000 agricultores indios que se quitaron la vida en 2004 y que, si son vistos como el resultado de una determinada política económica, ya no son tales suicidios, sino que estamos ante un genocidio”.

Todo esto, reflexiona Shiva, tendría que ser motivo más que suficiente para hacernos recapacitar y tomar, de nuevo, el control sobre los procesos productivos, sobre los mercados y, en definitiva, sobre nuestros cuerpos y nosotros mismos. Pero eso no es todo. El asesinato de las pobres y marginadas es sólo una cara de la moneda. En la otra están las sociedades enfermas del mal llamado primer mundo, en el que las mujeres dan leche contaminada a sus hijos³, los niños y niñas no pueden salir al parque a jugar porque quedan restos del último escape radioactivo y la inseguridad alimentaria es una amenaza real⁴.

Quizá, a los seres humanos no nos quede alternativa y estemos condenados al fracaso. Vandana Shiva ha puesto sobre la mesa su propuesta para evitarlo. La receta es, aparentemente, fácil: localizar los procesos de producción, recuperar los recursos que las grandes empresas han privatizado, ampliar la soberanía popular, y fomentar y respetar la diversidad. Qué hace falta para materializarla es lo que parece más difícil.

³ “Un ejemplo de lo que puede ocurrir es el caso de la leche contaminada con DDT y otras sustancias tóxicas en los países ricos, como consecuencia del uso intensivo de fertilizantes, pesticidas e insecticidas en la agricultura industrializada. Rachel Carson ya advirtió que la contaminación de los suelos acabaría repercutiendo sobre la alimentación humana, especialmente sobre la leche materna; ahora que esto ha empezado a ocurrir, muchas mujeres del Norte están alarmadas”. *Ecofeminismo: teoría, crítica y perspectivas*. Mies, Maria; Shiva, Vandana. Icaria. 1997. Barcelona, pág. 105.

⁴ Desde las muertes provocadas por el llamado “mal de las vacas locas”, a la gripe aviar o, por poner casos “más cotidianos”, las gastroenteritis causadas por el consumo de pollos asados con salsa en mal estado, hasta la posibilidad de enfermarse de cáncer por ingerir conservantes y colorantes químicos, sin olvidar las denuncias que se han hecho sobre los posibles efectos perjudiciales para la salud que provocará el consumo de transgénicos.

